
La otra cara de la libertad

I

No es el tema, tan repleto de *leit-motivs* y de información, permanente iceberg de las tensiones políticas e intelectuales del siglo, que lleva por encabezamiento publicitario lo que se suele llamar *disidencia* y *disidentes*, el que define la otra cara de la libertad, en un mundo que pretende alcanzar una cultura y una unidad planetaria. Aceptar las cosas así, en términos de *disidencia*, sería limitar la misma aventura de la libertad en el mundo soviético y concretamente en el país donde la disidencia misma ha tenido mayor, más constante y más honda resonancia mundial, en la defensa de la libertad del hombre, en un lugar donde la libertad se reivindica y defiende más de una vez con el precio de la vida misma: en la Rusia soviética. Ahora que acaba el año Orwell (1984), se nos antoja interesante anticipar nuestras consideraciones sobre las sucesivas etapas de la lucha de los intelectuales por la libertad de pensamiento y expresión en la Rusia que sobreviene al octubre de 1917, con la noticia sobre un precursor de Orwell en la propia Rusia soviética.

Hace aproximadamente unos quince años, con ocasión de la muerte de Isaac Deutscher, nos deteníamos con algunos *flashes* actualizantes sobre uno de los aspectos primeros del fenómeno de la disidencia, que en las filas de seguidores y simpatizantes de la revolución se manifestarán en el mundo en los primeros años de la revolución comunista. En realidad, tanto en Rusia como en el mundo de los intelectuales o revolucionarios y políticos profesionales que fuera de Rusia tenían sus ojos puestos en la marcha de la revolución triunfante, las raíces del espíritu crítico ante la marcha de las cosas se hallan en la propia tensión creadora e intelectual de la Rusia de principios de siglo. Basta en este sentido con leer las páginas que al tema dedica Nicolas Berdiaev en su «Autobiografía espiritual», a la poderosa explosión intelectual de la Rusia prerrevolucionaria, para detectar «in nuce» los orígenes de un fenómeno, que a través del siglo conocerá etapas dramáticas y sangrientas. Con poetas suicidas como Maiakovsky y Esenin; con poetas ejecutados como Mandelstam, por escribir, años antes, un poema nunca olvidado por el tirano, contra Stalin; con escritores mártires como Pasternak, Ajmatova, Babel y tantos otros; con físicos atómicos como el Premio Nobel de la Paz Andrei Sajarov que delante del palacio de justicia donde es juzgado, en la era brezneviana el físico Orlov, se atreve a abofetear en la calle a dos policías, sin que se percibiera el temblor bajo los muros del Kremlin del espíritu implacable de Stalin.

Con la muerte de Isaac Deutscher, escribíamos el 4 de marzo de 1971¹ ha

¹ Cfr. JORGE USCATESCU: *Mis ventanas abiertas*, Ed. Sala. Madrid, 1972, págs. 18 y sigs.

desaparecido uno de los buenos biógrafos del comunismo. Sin duda, se trataba de uno de los mejores biógrafos de Stalin y de Trotsky. Concretamente en este último había logrado ver tres caras de un personaje cuyo mito sigue despertando ansias revolucionarias: el profeta armado, el profeta desarmado y el profeta exiliado. Pero un libro ejemplar entre los de Deustscher, y que pueda servir de apertura a nuestras consideraciones sobre la *disidencia* en Rusia —un proceso de defensa de la libertad del espíritu y la dignidad humana que nada o poco tiene que ver con la libertad que se concibe y defiende en el mundo libre— es, sin duda, el libro que se refiere al tema de los «Herejes y renegados» del comunismo en el mundo. Claro que por tratarse de un «clásico» del tema, faltan en él hombres y nombres como los de Djilas, Garaudy, London, Solshenitsin, Siniavsky, Daniel, Bukovsky, Dubcek, Sajarov. Tampoco se refleja en el tema tratado la compleja caracterología de la *disidencia*, fenómeno íntimamente ligado a dos factores esenciales, consecuencia de la revolución comunista. El primero es la instrumentalización de la cultura por la revolución o el poder. No es indiferente a la reflexión en esta materia, el hecho de que Gramsci planteaba la cuestión del papel de los intelectuales en la política, en los años inmediatamente precedentes al famoso Congreso de los Escritores Soviéticos de 1934, donde emergía la figura de Zhdanov y donde se establecía una práctica de la cultura cuyas consecuencias son manifiestas en la Rusia soviética hasta hoy. El segundo factor es la aparición en la nueva sociedad soviética a partir del propio Lenin, fortalecido el hecho al máximo a partir de Stalin, del fenómeno de la «nomenclatura», que con Djilas lleva el nombre de la «nueva clase», beneficiarios de un inmenso poder y de infinitos privilegios sociales y económicos en el universo soviético.

Las consideraciones de Deutscher en el libro «Herejes y renegados», destacan el impacto provocado en su día por la experiencia de Orwell, «místico de la crueldad», hecho famoso por la novela «1984» festejado «ad satietatem» en el año que acaba de morir, con película con Burton y todo; y por los escritos de algunos tráfugas célebres del comunismo, encabezados por el de más lúcido talento entre ellos, Ignazio Silone, autor de un libro titulado «El Dios caído». Generalmente los intelectuales que renegaron del comunismo como ideal revolucionario, al conocer los horrores del stalinismo —«Stalin o la sospecha» en la feliz expresión de Jean Marie Domenach— han gozado de la simpatía de la opinión del mundo libre. Así ha sido con Gide, Kazantsakis, Panait Istrati, hasta Koestler, Burnham, Orwell, Silone y otros en una fila que no acaba nunca, cualquiera que sea la cara del poder en la Rusia comunista. Es interesante la posición de Deutscher ante las varias categorías de «herejes» y de «renegados». Aprecia, por ejemplo, experiencias de radicales consecuencias como la de Silone, pero rechaza la tesis agresiva de Koestler cuando desafía al mundo, afirmando que sólo los ex-comunistas saben «cómo van las cosas del comunismo», en su triste papel de Casandras de la política del mundo. En efecto, sería absurdo no tener en cuenta el testimonio de escritores, poetas, artistas, sociólogos, hombres de ciencia, la mayor parte de ellos no partícipes del poder, ni de los beneficios de la nomenclatura, cuya denuncia es el testimonio más válido, precisamente por defender una cara dramática, radical, de la libertad: libertad de la dignidad y los derechos del hombre, libertad de escribir libremente, libertad de escoger incluso la muerte ante el pelotón

por defender el derecho de escribir libremente una poesía. Así desde Zamiatin, en los lejanos veinte, hasta el Grupo Helsinki, encabezado hoy moralmente por testigos como Sajarov y Orlov y por centenares de encarcelados y perseguidos, escritores y científicos defensores de los derechos humanos en la Rusia de Chernenko.

Deutscher buscaba en su día precursores de estos «herejes» y «renegados» en los jacobinos pasados al antijacobinismo. El paralelismo es discutible, sobre todo cuando entre los «renegados» encontramos nada menos que a Beethoven, Goethe o Coleridge. Acaso lo más interesante y actual de su estudio, en condiciones de marcar el tema que nos interesa aquí, sea el análisis comparativo sobre la novela de Orwell referida a la utopía del comunismo y sobre todo en su referencia a los precursores de Orwell mismo en la Rusia de Lenin y de la NEP. Una época aquélla donde un poeta como Maiakovsky cultivaba el género de la utopía. Entonces un escritor ruso, luego exiliado socialista, Eugenio Zamiatin, publicaba una novela utópica titulada «Nosotros». Años más tarde, pero antes de publicar su «1984», Orwell estudiaba en un artículo crítico la novela de Zamiatin y establecía conexiones entre ella y «El mundo feliz» de Huxley que se publicaría en su doble versión años más tarde. También la «Oceana comunista» de Orwell fue tributaria de la novela de Zamiatin, que se proyectaría años más tarde sobre la aventura de las «purgas» de escritores y artistas a partir de 1934, sobre el sangriento holocausto «ejovista» en Rusia, sobre la disidencia de la nueva NEP krushoviana y la explosión de la «nomenclatura».

Zamiatin vivía aún en Rusia cuando publicó en el extranjero la novela «Nosotros», «vero capolavoro di fantascienza», según la calificación de un crítico tan prestigioso como Ettore Lo Gatto², «anteriore ai romanzi dello stesso tipo di Huxley e Orwell». Es un escritor de talento emparejado en su trayectoria a M. A. Bulgakov (1891-1940) autor de la novela «Guardia blanca» perseguido desde los años veinte y reivindicado ahora a través de obras de gran valía como «El maestro y Margarita». En 1931 Zamiatin logra escapar a la persecución exiliándose, gracias a una gestión personal de Gorki ante Stalin. Lo cierto es que tanto Lo Gatto como gran parte de la crítica especializada en literatura rusa, han puesto de manifiesto la superioridad de la novela utópica de Zamiatin, con respecto a las posteriores de Huxley y Orwell³. Al mismo tiempo que él, escritores como Alexis Tolstoi y Ehrenburg se inclinaban hacia la novela utópica, pero enmarcada en los perfiles de la novela histórica con fondo patriótico y heroico. Zamiatin fue uno de los protagonistas del famoso grupo de los años diez y veinte «Hermanos Serapion». El será el que, gestado el «realismo socialista» y la literatura del culto de la personalidad y de la guerra patriótica, proclamará que la creatividad no podía ser el producto servil de funcionarios de la cultura. En un marco que en otro contexto se formulaba así: «Nuestra literatura de la época stalinista estaba tan encubierta en el algodón del optimismo, del heroísmo, de la ausencia de conflictos, de los *slogans* oficiales y del patriotismo retórico, que los protagonistas parecían el doble de grandes de lo normal y se asemejaban a las estatuas de cera de Madame

² Cfr. ETTORE LO GATTO: *Correnti e tendenze della letteratura russa*, Ed. Rizzoli. Milán, 1974, pág. 144.

³ Cfr. ZAMJATIN EUGENIO: *Noi*, Romanzo, traducción e introducción de Ettore Lo Gatto. Ed. Minerva Italica, Bergamo, 1955, págs. XXVIII-272.